

Contextualismo y escepticismo

Stewart Cohen

ABSTRACT

In this paper I argue that ascriptions of knowledge are context-sensitive. According to this view, the truth-value of a knowledge ascription will depend on facts about the speakers and hearers of the context in which the ascription is made. A consequence of this view is that a speaker in one context may truly assert that a subject knows p at time T , while another speaker in a different context truly denies that that same subject knows p at T . I then argue that this view can go a long way toward resolving the skeptical deductive closure paradox.

RESUMEN

En este artículo argumento que las adscripciones de conocimiento son sensibles al contexto. De acuerdo con este punto de vista, el valor de verdad de una adscripción de conocimiento dependerá de hechos sobre los hablantes y los oyentes y del contexto en el que se hace la adscripción. Una consecuencia de este punto de vista es que un hablante puede, en un contexto, aseverar con verdad que un sujeto sabe que p en un contexto T , mientras que otro hablante niega con verdad, en un contexto diferente, que el mismo sujeto sabe que p en T . Argumento a continuación que este punto de vista puede hacer mucho para resolver la paradoja escéptica de la clausura deductiva.

I. CONTEXTUALISMO

Quiero defender aquí el punto de vista de que las adscripciones de conocimiento son sensibles al contexto. De acuerdo con él, el valor de verdad de las oraciones que contienen palabras como “sé” y otras relacionadas con ella, dependerá de estándares que están determinados contextualmente. Debido a esta circunstancia, una oración de este tipo puede tener diferentes valores de verdad en diferentes contextos. Ahora bien, cuando digo “contextos”, me refiero a “contextos de adscripción”. Así, el valor de verdad de una oración que contiene el predicado de conocimiento puede variar dependiendo de cosas tales como los propósitos, las intenciones, las expectativas, las presuposiciones, etc., de los hablantes que emiten esas oraciones. Este punto de vista tiene la consecuencia de que, dado un conjunto fijo de circunstancias, un sujeto S , y una proposición p , dos hablantes pueden decir “ S sabe que p ” y sólo uno de ellos decir algo verdadero. Por la misma razón, un hablante puede decir “ S sabe que p ”, y otro

puede decir “ S no sabe que p ” (relativamente a las mismas circunstancias) y, mediante ello, estar diciendo ambos algo verdadero.

Inicialmente, muchos pueden considerar implausible este punto de vista. (De hecho, algunos lo encuentran implausible incluso después de haber oído los argumentos.) Sea como sea, creo que este punto de vista es verdadero y quiero defenderlo aquí¹.

En segundo lugar, quiero argumentar a favor de que el punto de vista contextualista puede hacer mucho para proporcionar una respuesta satisfactoria a ciertos argumentos escépticos. No estoy seguro del éxito que, al final, pueda tener esta respuesta. Pero quiero ver lo lejos que podemos hacerla llegar.

Podemos empezar discutiendo un punto de vista llamado “falibilismo”. El falibilismo niega lo que llamaré “el principio del entañamiento”:

S sabe que p sobre la base (razón o evidencia) R sólo si R entañ p .

Como sabemos, el principio del entañamiento lleva a un resultado escéptico. La motivación del falibilismo surge del punto de vista ampliamente mantenido de que lo que buscamos al construir una teoría del conocimiento es una explicación que cuadre con nuestra fuertemente arraigada intuición de que sabemos muchas cosas. No se trata de que el escepticismo deba evitarse a cualquier coste. Pero, mientras que el principio del entañamiento puede parecer atractivo en abstracto, no impone un grado de asentimiento suficiente como para hacer frente a la enorme presión que existe en su contra y que viene dada por nuestras intuiciones al respecto de lo que conocemos. Muchos filósofos encuentran que el principio del entañamiento es implausible una vez que ven sus consecuencias escépticas.

Podemos enunciar el falibilismo de manera más precisa. En primer lugar, sea una alternativa a p cualquier proposición incompatible con p . Podemos definir entonces el falibilismo de la siguiente manera:

S puede saber que p sobre la base de (razones, evidencia) R incluso si existe alguna alternativa a p que es compatible con R .

De este modo, el falibilismo nos permite que podamos conocer sobre la base de razones no entañantes. Pero ¿cuán buenas han de ser las razones? Esto resulta ser una cuestión de respuesta difícil. Consideremos un caso:

Mary y John están en el aeropuerto de Los Ángeles considerando si toman cierto vuelo para Nueva York. Quieren saber si el vuelo tiene parada en Chicago. Han oído a una persona preguntar si alguien sabía si el vuelo hacía alguna parada. Un pasajero responde: “Yo lo sé. He mirado el itinerario de mi vuelo y tiene una parada en Chicago”. Sucede que Mary y John tienen que hacer un importante contacto de negocios en el

aeropuerto de Chicago. Mary dice: “¿Hasta qué punto es fiable ese itinerario? Podría contener algún error. Podrían haber cambiado los planes de vuelo desde que se imprimió, etc.”. Mary y John concuerdan en que Smith no *sabe* realmente que el avión hará una parada en Chicago. Deciden hacer una consulta en el mostrador de la compañía aérea.

¿Qué diríamos sobre este caso? Smith afirma que sabe que el vuelo tiene una parada en Chicago, Mary y John niegan que Smith lo sepa. En algún sentido, Mary y John están usando un estándar más estricto que el de Smith respecto de hasta qué punto son buenas las razones que uno tiene para saber algo. ¿Quién tiene el estándar correcto? Consideremos varias respuestas:

El estándar estricto de Mary y John es demasiado fuerte, esto es: el estándar de Smith es correcto, de modo que Smith sabe que el vuelo tiene parada en Chicago (sobre la base de que ha consultado el itinerario).

¿Es ésta una buena respuesta? Si decimos esto, contrariamente a lo que tanto Mary como John presuponen, el estándar más débil es correcto. Tendríamos que decir que su uso de la palabra “saber” es incorrecto. Ciertamente, no están siendo poco razonables al desconfiar del itinerario de Smith. Después de todo, es muy importante que tengan el encuentro de Chicago. Pero, con todo, si es verdad que Smith sabe que el vuelo tiene una parada en Chicago, ¿qué *deberían* haber dicho? “Bien, Smith sabe que el vuelo tiene una parada en Chicago, pero esto no es suficiente, necesitamos comprobarlo”. Esto me parece una manera de hablar muy extraña. Además, si el itinerario es una garantía suficientemente buena para que Smith sepa dado el estándar correcto, entonces es también suficientemente buena para que Mary y John sepan. Así pues, John y Mary deberían haber dicho: “Bien, *sabemos* que el avión tiene parada en Chicago, pero esto no es suficiente. Necesitamos comprobarlo”. Ésta es quizás una manera de hablar más extraña incluso.

Consideremos una respuesta alternativa:

John y Mary están en lo cierto de modo que el estándar de Smith es demasiado débil. (Smith no sabe que el avión tiene parada en Chicago, pero John y Mary sí lo saben —después de hacer una consulta en el mostrador de la compañía—.)

Pienso que una respuesta natural a este caso, tal como lo he descrito, es pensar que Mary y John están en lo correcto y que Smith no sabe que el avión tiene parada en Chicago. Pero obsérvese que esto contrasta con el estándar que usamos típicamente para las adscripciones de conocimiento. En los contextos ordinarios atribuimos fácilmente conocimiento a alguien sobre la base de información escrita contenida en cosas como itinerarios de vuelo. Si ne-

gamos que Smith sabe, entonces tenemos que negar que sepamos en muchos de los casos ordinarios en los que afirmamos que sabemos cosas. Tendríamos que decir que la mayor parte de las veces hablamos falsamente cuando, en nuestras vidas ordinarias, afirmamos que sabemos cosas.

Existe además una dificultad adicional si decimos que el estándar más fuerte de John y Mary es el correcto. Podríamos describir un caso donde incluso los estándares de Mary y John no parezcan suficientemente estrictos: si la vida de alguien estuviera en juego —alguien acaba de ingerir un veneno de efectos retardados y el antídoto está en Chicago— podríamos no querer tampoco atribuir conocimiento sobre la base del testimonio del agente de la compañía aérea. Podríamos insistir en que queremos comprobarlo hablando con el piloto. De esta manera, no parece muy prometedor decir que el estándar de Smith es demasiado débil.

Desde luego, podríamos seguir esta línea de pensamiento y abrazar una tercera opción, a saber: que todos esos estándares son demasiado débiles. Este punto de vista lleva, naturalmente, al escepticismo y, presumiblemente, éste es un resultado que queremos evitar. Volveremos a esta opción cuando hablemos del escepticismo.

Hasta ahora hemos examinado tres respuestas diferentes a la pregunta de qué estándar es el correcto: 1) el de Smith es el correcto y, de este modo, el de John y Mary es demasiado fuerte; 2) el estándar de John y Mary es correcto y, de este modo, el estándar de Smith es demasiado débil; 3) ni el estándar de Smith, ni el de John y Mary son correctos: ambos son demasiado débiles. Como hemos visto, ninguna de esas respuestas parece satisfactoria. Digamos lo que considero que es la mejor respuesta: ningún estándar es simplemente correcto o incorrecto. Más bien, qué estándar sea el correcto depende del contexto. Los estándares para las adscripciones de conocimiento pueden variar a través de los contextos de modo que cada afirmación de conocimiento (la de Smith, así como la de Mary y la de John) pueden ser correctas. Cuando Smith dice “Sé...”, aquello que dice es verdad dado el estándar más débil que está operando en ese contexto. Cuando Mary y John dicen “Smith no sabe...”, aquello que dicen es verdad dado el estándar más estricto que opera en su contexto. *Y no hay estándar correcto independiente del contexto.*

Así pues, afirmo que este caso, y otros semejantes, sugiere fuertemente que las adscripciones de conocimiento son sensibles al contexto². Los estándares que determinan cuán buenas han de ser las razones que uno tiene para conocer están determinados por el contexto de adscripción. Desde luego, muchos predicados del lenguaje natural son tales que el valor de verdad de las oraciones que los contienen dependen de estándares contextualmente determinados, por ejemplo, liso, calvo, rico, triste, etc. Todos éstos son predicados que pueden ser satisfechos en grados diversos y que también pueden ser satisfechos *simpliciter*. Yo argumentaría que para tal predicado la cuestión de has-

ta qué grado éste tiene que satisfacerse para que podamos decir que se satisface *simpliciter*, ha de ser un asunto dependiente del contexto

¿Se presenta el conocimiento en grados? La mayor parte de la gente dice que no (aunque David Lewis dice que sí)³. Pues, de acuerdo con mi punto de vista, la justificación, o el tener buenas razones, es un componente del conocimiento, y esta noción se presenta ciertamente en grados⁴.

¿Cómo se establecen de manera precisa los estándares para esos predicados en un contexto particular de adscripción? Se trata de un asunto muy difícil que incluye alguna función complicada de las intenciones del hablante, expectativas del oyente, presuposiciones de la conversación, relaciones de saliencia, etc., lo que David Lewis llama el grado (*score*) conversacional⁵. En el caso de las adscripciones de conocimiento, pienso que las relaciones de saliencia son particularmente importantes. En particular, los aspectos del contexto pueden hacer que la posibilidad de error sea saliente. No se trata de que John y Mary estén constreñidos de alguna manera a usar ese estándar, o que Smith lo esté a usar el suyo. Si ciertos aspectos del contexto fuesen diferentes, entonces podría haber estado operando un estándar distinto.

Ésta es la idea básica: puesto que rechazamos el principio del entrenaamiento, permitimos el que podamos conocer una proposición, incluso cuando hay posibilidad de error. Sin embargo, cuando la posibilidad de error es saliente en un contexto, los estándares tienden a elevarse para señalar que nuestras razones son insuficientes para el conocimiento.

Ahora bien, no tengo ciertamente una teoría precisa sobre cómo funciona todo esto de manera general. Pero no hay ningún problema para afirmar que las adscripciones de conocimiento son sensibles al contexto. Incluso para los casos (relativamente) incontrovertidos de predicados cuya aplicación depende de estándares sensibles al contexto, por ejemplo el caso de “liso”, es muy difícil decir exactamente cómo se establecen los estándares. No estoy proponiendo una teoría semántica para predicados de este género, sólo estoy proponiendo que añadamos a la lista el predicado de conocimiento.

II. ESCEPTICISMO

Quiero mostrar ahora cómo podemos explicar, si adoptamos el punto de vista contextualista, ciertas paradojas escépticas. Al final quedarán elementos mucho menos que satisfactorios en la explicación contextualista. Pero quiero explorar hasta dónde podemos llevar el tratamiento contextualista de los argumentos escépticos. Hemos visto anteriormente que, para evitar el escepticismo, tenemos que rechazar el principio del entrenaamiento. En su lugar, el falibilista mantiene que uno no puede saber ni siquiera cuando hay alternativas consistentes con la propia evidencia.

Desgraciadamente, el escepticismo no se despacha de manera tan fácil. Pues existe otro principio, más débil que el principio del entañamiento, que es muy difícil de rechazar. Y este principio amenaza con volver a instalar el escepticismo incluso en el caso de las teorías falibilistas. Este principio dice que el conjunto de proposiciones conocidas (por S) está cerrado bajo el entañamiento conocido (por S):

Si S sabe que p y S sabe que p entañña q , entonces S sabe que q ;

alternativamente:

Si S sabe que p y S sabe que p entañña q , entonces S está en posición de saber que q .

El argumento escéptico basado sobre el principio del entañamiento observa simplemente la existencia de alternativas compatibles con nuestra evidencia (o con nuestras razones) y apela a continuación al principio del entañamiento para generar un resultado escéptico. El argumento escéptico basado en el principio de clausura comienza argumentando, de manera completamente plausible, que sea lo que sea lo que digamos sobre la significación de las alternativas escépticas, no sabemos que sean falsas. Podríamos pensar que tenemos alguna razón para creer que no se nos engaña de las maneras que sugiere el escéptico, pero es muy difícil mantener que *sabemos* que no se nos engaña de tal manera.

Para usar un famoso ejemplo de Dretske, supongamos que estamos en el zoo viendo las cebras⁶. Consideremos la posibilidad de que lo que vemos no es una cebra sino una mula arteramente disfrazada. Aunque podamos tener alguna razón para negar que estamos viendo una mula arteramente disfrazada, parece erróneo decir que *sabemos* que no estamos viendo una mula arteramente disfrazada. Después de todo, éste es el aspecto que tendría si fuese una mula arteramente disfrazada.

Pero si no conocemos la falsedad de las alternativas escépticas, entonces podemos derivar un resultado escéptico a partir del principio de clausura. Sea p alguna proposición que yo afirmo conocer y sea h una alternativa escéptica a p . A partir del principio de clausura podemos derivar:

(1) Si sabemos que p , entonces sabemos que no- h .

Si ponemos esto juntamente con

(2) No sabemos que no- h ,

se sigue que

(3) Sabemos que p

es falso.

Ahora bien, como observó G. E. Moore, la negación de la conclusión de este argumento es quizás más plausible que cualquiera de las dos premisas. De este modo Moore pensó que podía responder a este argumento apelando a (1) y (3) para negar (2). Algunos piensan que Moore cometió una petición de principio respecto del escéptico. Yo sugeriría que aquello a lo que nos enfrentamos aquí es una paradoja —un conjunto de proposiciones (1), (2) y (3), cada una de las cuales tiene una plausibilidad independiente que es considerable—. Después de todo, ¿por qué no decir que el escéptico comete una petición de principio respecto de Moore? El problema que tiene la respuesta de Moore es que no logra explicar el atractivo que tiene el argumento escéptico y, de este modo, no logra resolver la paradoja.

Ahora bien, supongamos que ninguno de nosotros es un escéptico. En algún sentido, el escepticismo es una locura. De este modo, queremos una respuesta a la paradoja que preserve nuestra creencia de que conocemos cosas. Pero, si tal respuesta ha de constituir una solución a la paradoja, tiene que explicar el innegable atractivo de los argumentos escépticos. Pues esto es lo que, ante todo, da lugar a la paradoja. Inicialmente afirmamos que sabemos muchas cosas. Pero cuando estamos sometidos a la presión escéptica empezamos a preocuparnos. A menudo consideramos argumentos escépticos y, entonces, vacilamos entre pensar que conocemos y temer que no lo hacemos. Cualquier solución de la paradoja tiene que explicar cómo acabamos con esas inclinaciones inconsistentes. En efecto, tenemos que explicar, o exorcizar, el escéptico que llevamos dentro.

III. RESPUESTAS A LA PARADOJA ESCÉPTICA

Hay dos géneros de respuesta antiescéptica a la paradoja: el que niega (1) y, de este modo, niega el principio de clausura, y el que niega (2). Dretske y Nozick han defendido una visión del conocimiento que cae dentro de la primera categoría⁷. Tal como han argumentado, el conocimiento está sujeto a lo que Nozick llama “condición de rastreo”. Y es una consecuencia de esta condición el que falle el principio de clausura deductiva.

¿Qué es entonces lo que explica el atractivo de los argumentos escépticos? Supongo que Dretske y Nozick podrían decir que el meollo del asunto reside en que no nos damos cuenta de que el conocimiento incluye tal condición de rastreo. Creemos erróneamente en el principio de clausura porque no logramos ver cómo, dada la naturaleza del conocimiento, es falso.

Con todo, muchos encuentran que esta respuesta es objetable, puesto que consideran que el principio de clausura es axiomático. ¿Cómo podría al-

guien saber que p y saber que p entraña q y, con todo, no saber que q ? El mismo hecho de que este punto de vista sea inconsistente con el principio de clausura nos da una razón para rechazarlo.

Desde luego, todos sabemos que el *modus tollens* de una persona es el *modus ponens* de otra. Incluso así, hay ciertas objeciones bien conocidas de Kripke, aunque desgraciadamente no publicadas, al punto del vista del rastreo. Así pues, consideremos las respuestas falibilistas al argumento escéptico que aceptan el principio de clausura y, de este modo, aceptan (1) pero niegan (2).

Consideremos una posición defendida por Peter Klein⁸. Volvamos al ejemplo de la cebra de Dretske. Klein está de acuerdo con Dretske en que nuestra evidencia es suficiente para saber que vemos una cebra. También está de acuerdo en que no podemos llegar a saber —al menos directamente—, basándonos en nuestra evidencia, que no estamos viendo una mula arteramente disfrazada. Pero, de acuerdo con el punto de vista de Klein, esto no plantea ninguna amenaza al principio de clausura deductiva. Puesto que, sobre la base de nuestra evidencia, podemos llegar a saber que vemos una cebra, que no vemos una mula arteramente disfrazada, podemos por ello llegar a saber que no vemos una mula arteramente disfrazada⁹.

A primera vista, parece como si Klein hubiera sacado un conejo de la chistera. Pero no es fácil decir exactamente lo que está mal en este punto de vista sin plantear algunos problemas profundos sobre la estructura de las razones. Ahora bien, pienso que el punto de vista de Klein sobre la estructura de las razones es problemático, pero no quiero discutir esta dificultad en esta ocasión. Quiero más bien hacer notar que su punto de vista no cumple nuestro criterio para resolver satisfactoriamente la paradoja escéptica. Pues si puedo inferir a partir de mi evidencia que veo una cebra, e inferir a partir del hecho de que veo una cebra que no estoy viendo una mula arteramente disfrazada, entonces ¿qué es lo que explica la intuición de que no sé que no estoy viendo una mula arteramente disfrazada? Ciertamente, no que mi razón no es suficientemente fuerte. Después de todo, de acuerdo con el punto de vista de Klein, mi razón para creer que no veo una mula arteramente disfrazada es que veo una cebra. Y desde luego, esto es una razón entrañante. De este modo, queda sumido en el misterio por qué el argumento escéptico es convincente. ¿Por qué no respondemos inmediatamente a la apelación que el escéptico hace a (2) diciendo que sabemos que no vemos una mula arteramente disfrazada? Incluso si, de alguna manera, parece correcto decir que lo sabemos, es difícil hacernos fuertes en esta actitud. A menudo vacilamos.

Podemos explicar este fenómeno suponiendo que el valor de verdad de una adscripción de conocimiento es relativo a estándares contextualmente determinados. De este modo, quiero explorar si un género de falibilismo contextualista nos puede dar una resolución de la paradoja que pueda hacer frente a nuestra restricción para una resolución satisfactoria de la paradoja escéptica, a

saber: preservar la verdad de nuestras atribuciones ordinarias de conocimiento a la vez que explicamos el atractivo de los argumentos escépticos.

Como vimos en el caso de Mary y John en el aeropuerto de Los Ángeles, la bondad de las razones que tengamos para conocer depende de si el sujeto de la adscripción tiene razones suficientemente fuertes relativas al estándar del contexto. Así pues, el valor de verdad de una adscripción de conocimiento variará en la medida en que varíe la fuerza de las razones del sujeto, o en la medida en que varíe el contexto que determina el estándar. En los contextos ordinarios el estándar es tal que nuestras adscripciones mundanas de conocimiento pueden ser verdaderas. Esto explica nuestra confianza en la verdad de nuestras adscripciones ordinarias de conocimiento. Sin embargo, cuando nos enfrentamos a los argumentos escépticos, la posibilidad de error se convierte en saliente y nos vemos obligados a elevar nuestros estándares. Los argumentos escépticos tienen la fuerza que tienen precisamente porque pueden tener este efecto sobre nosotros. En este nuevo contexto, los estándares son más estrictos y las adscripciones verdaderas en los contextos ordinarios son falsas. Pero no estamos constreñidos a usar estándares escépticos. Si reflexionamos adicionalmente podemos elevar el estándar de nuevo y tratar las alternativas escépticas como algo demasiado remoto para poner en riesgo nuestras afirmaciones de conocimiento. De nuevo, algunas veces vacilamos.

Al suponer de este modo que las adscripciones de conocimiento son sensibles al contexto, podemos hacer justicia tanto a nuestra fuerte inclinación a decir que sabemos como al innegable atractivo de los argumentos escépticos.

IV. CLAUSURA

Volvamos a la paradoja escéptica. De acuerdo con el enfoque contextualista, ¿qué proposición de la paradoja resulta negada? Recuérdese que Dretske y Nozick niegan (1) y, de este modo, niegan el principio de clausura. Como hemos observado, aunque pueda haber una apariencia de fallo en la clausura, a muchos les parece una locura negar de forma efectiva el principio. Hay disponible una respuesta mejor desde el enfoque contextualista. De acuerdo con el punto de vista contextualista, la apariencia del fallo de la clausura es resultado de nuestra evaluación del antecedente y el consecuente del principio, de manera relativa a diferentes estándares. Cuando decimos que no logramos saber que *no-h*, estamos usando estándares más estrictos que cuando decimos, en los contextos ordinarios, que sabemos que *p*. De nuevo, esto sucede porque pensar sobre alternativas escépticas nos puede hacer elevar los estándares. Pero si evaluamos el principio de clausura de manera relativa a un contexto fijo, fijando con ello el estándar, entonces resulta ser verdadero.

¿Cómo funciona esto? Miremos de nuevo al caso de la cebra. De acuerdo con este punto de vista, nuestra razón para creer que vemos una cebra puede no ser mejor que nuestra razón para creer que no vemos una mula arteralmente disfrazada. Así pues, en los contextos ordinarios donde el estándar es tal que sabemos que vemos una cebra, sabemos también que no vemos una mula arteralmente disfrazada. Nuestra razón para negar que vemos una mula arteralmente disfrazada, por ejemplo, la poca frecuencia de tales engaños, es suficiente para que sepamos que no vemos una mula arteralmente disfrazada. Pero, cuando empezamos a pensar de manera efectiva sobre mulas arteralmente disfrazadas, los estándares se elevan. De manera relativa a esos estándares más elevados, nuestras razones son insuficientes para que sepamos que no vemos una mula arteralmente disfrazada. Pero, en este contexto más estricto, también sucede que no logramos saber que vemos una cebra. Así pues, de acuerdo con el punto de vista contextualista, la paradoja surge porque no logramos prestar atención a los cambios contextuales¹⁰.

Así pues, ¿cuál de las tres proposiciones negará el contextualista? Esto va a depender del contexto. Acabamos de ver que el principio de clausura será verdadero en todo contexto. En los contextos ordinarios, (3) será verdadera también y (2) será falsa. Y, en los contextos escépticos, (2) será verdadera y (3) será falsa.

V. PROBLEMAS PARA EL CONTEXTUALISMO

Ésta es la idea básica de cómo funciona la solución contextualista y me gustaría acabar aquí. Pero no puedo. Hay un problema. Para verlo, necesito distinguir entre alternativas escépticas restringidas y globales. Las alternativas escépticas restringidas son inmunes al rechazo sobre la base de un género particular de evidencia; por ejemplo: la alternativa de que estoy viendo una mula arteralmente disfrazada es una alternativa restringida a la proposición de que estoy viendo una cebra. Es inmune al rechazo sobre la base de mi evidencia perceptiva. En este caso, existe la posibilidad de que la alternativa pueda rechazarse sobre la base de otra evidencia, por ejemplo la evidencia estadística concerniente a la probabilidad de tal engaño.

Las alternativas escépticas globales son inmunes al rechazo sobre la base cualquier evidencia. Por ejemplo, la alternativa de que soy un-cerebro-en-una-cubeta es una alternativa global a cualquier proposición empírica. Está diseñada para neutralizar cualquier evidencia en contra de ella. Así pues, las alternativas escépticas globales son inmunes al rechazo sobre la base de cualquier evidencia. Hasta ahora he tratado sobre la paradoja en mi discusión usando alternativas escépticas restringidas y he explotado el hecho de que tenemos *alguna* evidencia en contra de ellas —en el caso de la alternativa de una mula arteralmente disfrazada tenemos evidencia estadística en contra de

la probabilidad de tal engaño—. De acuerdo con el contextualismo, esta evidencia no es suficiente dado el estándar que opera en los contextos escépticos. La paradoja escéptica surge de cambios en este estándar.

Pero existe un problema a la hora de extender este enfoque contextualista a la paradoja escéptica formulada en términos de alternativas globales. No podemos decir que la evidencia que tenemos en contra de las alternativas globales es suficiente de manera relativa a los estándares ordinarios, pero no de manera relativa a los estándares escépticos, puesto que parece que no tenemos evidencia alguna que pueda estar en contra de las alternativas globales. De este modo, no podemos decir que la evidencia que tenemos es suficientemente buena.

¿Qué debería decir entonces el contextualista sobre las alternativas escépticas globales? Bien, quizás podemos saber que una alternativa es falsa incluso sin tener ninguna evidencia en su contra, siempre que sea racional negar la alternativa. De acuerdo con este punto de vista, es *a priori* racional el negar las alternativas escépticas globales. Quizás esto podría obtenerse, como algunos han intentado, en términos de criterios pragmáticos tales como la simplicidad o el conservadurismo.

¿Es éste un punto de vista plausible? Bien, es innegable que pensamos que es racional negar que somos engañados sistemáticamente del modo en que específica, por ejemplo, la hipótesis de los cerebros-en-cubetas. Obsérvese que consideraríamos loco a alguien que creyese que era un cerebro-en-una-cubeta. (Y no es que pensemos que la actitud correcta hacia esa alternativa sea suspender la creencia.) Consideramos racional negar esta alternativa, incluso si tenemos que conceder que no tenemos evidencia en contra. ¿Por qué no decir entonces que es racional *a priori*?

¿Comete este punto de vista una petición de principio respecto del escéptico? Bien, quizás lo haga en algún sentido, pero en no mayor medida en la que el escéptico comete una petición de principio respecto del sentido común. Pues, aunque el escéptico tiene un argumento al efecto de que no tenemos ninguna evidencia en contra de las alternativas escépticas globales, no tiene argumento alguno a favor de que no puede ser racional, sin evidencia, negarlas.

Tenemos que clarificar la naturaleza de nuestra empresa. No tenemos enfrente un argumento que nos fuerce a ser escépticos. Más bien, tenemos enfrente una paradoja. Estamos inclinados a asentir a cada miembro de un conjunto inconsistente de proposiciones. Lo que buscamos es una escapatoria a la paradoja, una resolución de nuestras inclinaciones inconsistentes. Y no es una restricción de tal resolución el que resulte atractiva para el escéptico. Si nos parece racional negar las hipótesis escépticas globales, entonces podemos apelar a ese hecho en nuestro intento de solucionar la paradoja.

Esta noción de racionalidad *a priori* nos capacita para extender el tratamiento contextualista de la paradoja escéptica de manera que cubra las al-

ternativas globales. Podemos decir que la racionalidad *a priori* de negar las alternativas globales es suficiente en los contextos ordinarios para que sepamos que son falsas. Pero, sometidos a la presión del escéptico, los estándares se elevan y la racionalidad *a priori* ya no es suficiente en ese contexto. De nuevo, la paradoja escéptica surge de nuestra falta de atención a los cambios contextuales¹¹.

Queda, desgraciadamente, un problema. Si en los contextos ordinarios es suficiente la racionalidad *a priori* para que sepamos la falsedad de las alternativas escépticas, entonces tenemos conocimiento *a priori* de la falsedad de las alternativas escépticas. Pero seguro que esas alternativas son contingentes. De esta manera, parece como si el contextualista esté comprometido con el punto de vista de que tenemos conocimiento contingente *a priori*. Y, desde luego, estos casos no encajan en la estructura de los casos que fijan la referencia sobre los que nos ha llamado la atención Kripke.

Ciertamente, no estoy a gusto con este resultado¹². Así pues, volvamos a valorar nuestras opciones. Consideremos de nuevo los puntos de vista de Klein. Anteriormente le puse la objeción de que no cumplía el criterio para una resolución con éxito del argumento escéptico. Aunque preserva la verdad de las atribuciones de conocimiento ordinarias, no logra explicar el atractivo de los argumentos escépticos.

Pero, si lo volvemos a pensar, quizás podemos contextualizar este punto de vista. He aquí una manera de hacerlo. Podríamos decir que en los contextos ordinarios, nuestra evidencia sensorial es suficiente para que conozcamos, por ejemplo, que tenemos manos. Así pues, este punto de vista preservará la verdad de las adscripciones de conocimiento ordinarias así como el principio de clausura. Pues, de acuerdo con este punto de vista, si sabemos que tenemos manos, sabemos al menos que estamos en posición de saber que no somos cerebros en una cubeta, puesto que el hecho de que tengamos manos entraña que no somos cerebros-en-una-cubeta.

En los contextos escépticos, los estándares se elevan y nuestra evidencia sensorial no es suficiente para que sepamos que tenemos manos. En esos contextos, no logramos saber que tenemos manos y, de este modo, no logramos saber tampoco que no somos cerebros-en-una-cubeta.

Hasta aquí la concepción parece perfectamente buena. Cumple nuestro criterio para una resolución con éxito de la paradoja: preserva la verdad de nuestras adscripciones ordinarias de conocimiento, a la vez que explica el atractivo de los argumentos escépticos. Además, conserva el principio de clausura mientras que evita el conocimiento contingente *a priori*. Hay sin embargo un problema respecto a cómo interpreta este punto de vista la estructura de nuestras razones. Obsérvese que, de acuerdo con este punto de vista, mi evidencia en contra de que soy un cerebro-en-una-cubeta no es suficiente para que sepa que no soy un cerebro-en-una-cubeta. Pero mi evidencia sensorial es suficiente para que sepamos que tenemos manos. Entonces puedo

llegar a saber que no soy un cerebro-en-una-cubeta porque esto último resulta entrañado por el hecho de que tengo manos.

Este razonamiento parece sospechoso. Considérese otro caso. Leo en un atlas la oración “Albany es la capital de Nueva York”. Sobre la base de esto, infiero que Albany es la capital de Nueva York. Una vez que he inferido que Albany es la capital infiero, y llego por ello a saber, que la oración que aparece en ese atlas no es una errata. Puedo hacerlo porque esto resulta entrañado por el hecho de que Albany es la capital y la oración lo dice. Seguramente este razonamiento sería inaceptable. Pero no veo una manera de distinguir entre él y el razonamiento apoyado por Klein.

¿Qué deberíamos concluir? Nuestras opciones parecen estar aceptando conocimiento contingente *a priori*, o apoyar lo que parece un razonamiento objetable. Dondequiera que lleguemos, hay una consecuencia desagradable. Pero también el escepticismo es una consecuencia desagradable; y quiero mantener eso con más fuerza que cualquier consecuencia de una explicación contextualista.

¿Qué alternativa contextualista es la mejor? Prefiero la que apoya la racionalidad *a priori*, pero esto puede ser más bien un enunciado acerca de cuál es el mal trago que estoy dispuesto a pasar.

Department of Philosophy
Arizona State University
Tempe, AZ 85287-2004
E-mail: Stewart.Cohen@asu.edu

NOTAS

¹ He defendido este punto de vista en publicaciones previas. Véanse Cohen (1987), (1988)

² Otros han sugerido que la importancia de estar en lo correcto puede elevar los estándares para las adscripciones de conocimiento. Véanse Dretske (1981) y Lewis (1996).

³ Véase Lewis (1996).

⁴ Estoy haciendo aquí una idealización al hablar como si hubiera una escala única de justificatividad. Hay sin duda diferentes aspectos o géneros de justificación y todos, o la mayor parte de ellos, tienen grados.

⁵ Véase Lewis (1996).

⁶ Véase Dretske (1970).

⁷ Véanse Dretske (1970) y Nozick (1981).

⁸ Véanse Klein (1983), (1995).

⁹ Este punto de vista no es el mismo que he atribuido anteriormente a G. E. Moore, aunque él podría haberlo aceptado. La concepción anterior de Moore argumenta a partir de (1) y (3) la negación de (2). Pero no incluye concepción alguna sobre lo que hace a (2) falsa, esto es, sobre cómo sabemos que *no-h*. Quizás lo sabemos al inferirlo

de p , o quizás lo sabemos de alguna otra manera. El meollo de este punto de vista es simplemente que se sigue de (1) y (3) que sabemos no- h . La posición de Klein incluye un compromiso explícito con el hecho de que conocemos no- h al inferirlo a partir de p , que conocemos antes de la inferencia.

¹⁰ La tesis contextualista debería formularse realmente de modo metalingüístico. Así, en lugar de decir “ S sabe en un contexto y no sabe en otro”, deberíamos decir: “La oración ‘ S sabe...’ es verdadera en un contexto y falsa en otro”. Por razones estilísticas, no siempre hago esto.

¹¹ Discuto el problema que las alternativas globales presentan para el contextualismo en Cohen (1988).

¹² A mi juicio, David Lewis se compromete con algo parecido a esto cuando admite que uno puede saber que no es un cerebro-en-una-cubeta ignorándolo propiamente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- COHEN, S. (1987), “Knowledge, Context, and Social Standards”, *Synthese*, 73, pp. 3-26.
 — (1988), “How to be a Fallibilist”, en Tomberlin, J. (ed), *Philosophical Perspectives*, 2, pp. 581-605.
 DEROSE, K. (1995), “Solving the Skeptical Problem”, *Philosophical Review*, 104, pp. 1-52.
 DRETSKE, F. (1970), “Epistemic Operators”, *Journal of Philosophy*, 67, pp. 107-23.
 — (1981), “The Pragmatic Dimension of Knowledge”, *Philosophical Studies*, 40, pp. 363-78.
 KLEIN, P. (1983), *Certainty*, Minnesota, University of Minnesota Press.
 — (1995), “Skepticism and Closure: Why the Evil Genius Argument Fails”, *Philosophical Topics*, 23/1, pp. 215-38.
 LEWIS, D. (1979) “Scorekeeping in a Language Game”, *Journal of Philosophical Logic*, 8, pp. 339-59.
 — “Elusive Knowledge”, *Australasian Journal of Philosophy*, 74, pp. 549-67.
 NOZICK, R. (1981), *Philosophical Explanations*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
 UNGER, P. (1986), “The Cone Mode of Knowledge”, *Philosophical Topics*, 14, pp. 125-78.